

lleva razon, pero si que nunca el libro del señor de Crouzas escitará à hacer una buena accion, y que no hay cosa buena que no tenga deseos de haecer quien acaba de leer à Popé. Yo por mi no tengo otro modo de juzgar de mis lecturas que sondear la disposicion en que ponen à mi alma, y apenas imagino en que pueda ser bueno un libro que no escita à sus lectores à la practica del bien (r).

A Dios, mi siempre amado amigo; no quisiera concluir tan presto, pero me están esperando y me llaman. Siento dejarte, porque estoy alegre y gusto de participar contigo mis contentos; lo que lo anima y los dobla es que se halla mejor mi madre de algunos dias à esta parte, y se ha sentido con bastante fuerza para asistir à la boda, y servir de madre à su sobrina, ó por mejor decir à su segunda hija. La pobre Clara ha llorado de gozo; piensa que haria yo, que tan poco merezo conservarla; y siempre estoy temiendome perderla. En verdad que con tanta gracia ha presidido à la fiesta como cuando estaba en eabal salud, y un resto de debilidad hacia todavia mas amable su ingenua urbanidad. No; nunca ha sido tan buena, tan encantadora, tan digna de ser adorada esta incomparable madre. ¿Sabes que ha preguntado varias veces noticias tuyas al señor de Orbe? Aunque no me hable de tí, no ignoro que te quiere, y que si fuera escuchada, lo primero que haria fuera tu dicha y la mia. Ah! si sabe ser sensible tu corazon, ¿que necesidad de serlo tiene, y cuantas deudas ha de pagar!

CARTA XIX.

A JULIA.

TEN, Julia mia, riñeme, gritame, pegame, que todo lo aguantaré; pero no por eso dejaré de seguir diciendote lo que pienso. ¿Quien será el depositario de mis pensamientos, sino tú que los iluminas? con quien se esplayará mi

corazon, si te niegas tú à darle oido? Cuando de mis observaciones y mis fallos te doy cuenta es para que los enmiendes, y no para que los apruebes, y cuantos mas errores puedo cometer, mas debo acelerarme à hacertelos saber. Si vituperó los abusos que en esta ciudad se me presentan, no me disculparé con que te hablo en confianza; porque nunca digo de un tercero lo que no estoy dispuesto à decirle en su cara, y en todo cuanto de los parisienses te escribo no hago mas que repetirte lo que todos los dias les digo à ellos mismos, sin que por eso se enfaden, y al contrario convienen conmigo en muchas cosas. Se quejaban de nuestro Muralt, asi lo creo; hasta en los elogios que les da se ve cuanto los aborrece, y ó yo me engaño mucho, ó en mi critica se descubre todo lo contrario. La estimacion y la gratitud que me inspiran sus bondades no hacen otra cosa que aumentar mi ingenuidad, que puede ser útil à algunos; y por el modo con que sufren todos la verdad en mi boca me atrevo à creer que somos dignos de oirla ellos, y yo de decirla. En esto, Julia, es mas honrosa la verdad que critica que la verdad que elogia; porque el loor solo para estragar à los que le reciben sirve, y los mas indignos siempre son los que mas le codician, pero la censura es útil, y solo el merito sabe aguantarla. Te lo digo con todo mi corazon, que honro al frances como al unico pueblo que ama de veras à los hombres, y que es benefico por caracter; pero por eso mismo estoy menos dispuesto à otorgarle la general admiracion à que aspira, aun por los defectos que confiesa. Si no tuvieran los franceses virtudes nada dijera de ellos, si no tuvieran vicios no fueran hombres; pero tienen sobradas prendas loables para que los alabemos por todo.

En cuanto à las tentativas de que me hablas son impracticables; porque fuera necesario para hacerlas valerse de medios que no me convienen, y que tú propia me has vedado. No es de estilo

(r) Si aprobaré el lector esta regla, y por ella juzgare de esta coleccion no apelará el editor de su fallo.

CARTA XX.

DE JULIA.

en este pais la austeridad republicana, es menester virtudes mas flexibles y que mas bien se sepan adaptar à los intereses de los amigos ó protectores. Convengo en que es honrado el merito; pero los talentos que se grangean aqui la reputacion no son los que conducen à la fortuna, y aun cuando tuviera la desgracia de poseerlos estos ¿se decidiria Julia à ser muger de un hombre de fortuna? En Inglaterra es diferente, y aunque acaso sean todavia peores las costumbres que en Francia, no estorba eso que se pueda adelantar por camino mas honroso; porque como tiene el pueblo parte en el gobierno, es la publica estimacion medio eficaz de credito. No ignoras que el proyecto de milord Eduardo es valerse de este medio en mi favor, y el mio justificar su celo. Para mi el paraje de la tierra en que mas distante de tí estoy es aquel en que nada puedo hacer para que nos acerquemos. O Julia, si es dificultoso alcanzar tu mano, mucho mas lo es merecerla; y esta noble empresa es la que me ha encomendado el amor.

Me libras de una pena muy cruel dandome buenas nuevas de tu madre, te veia tan asustada antes de mi partida, que no me atrevi à decirte lo que pensaba, pero la encontraba flaca, mudada, y me recibia alguna peligrosa enfermedad. Conservamela, porque la quiero, porque la honra mi corazon, porque serán sus bondades mi única esperanza, y sobre todo porque es madre de mi Julia.

Te diré sobre los dos novios, que no me gusta este vocablo, ni en chanzas; por lo demas el estilo con que de ellos me hablas me quita todo recelo, y no aborrezco à esos desventurados, pues que crees tú que los aborrees. Pero me admira tu sencillez en pensar que conoces el odio; ¿no ves que le equivocas con el honor despechado? Asi murmura la candida paloma cuando à su amada persiguen. Anda, Julia, niña incomparable; cuando puedas tú aborrecer alguna cosa, podré yo dejar de amarte.

P. D. ¿Cuanto te compadezco por verte cercada de esos dos impertinentes! Por tu amor date prisa à despedirlos.

CARTA XXI.

A JULIA.

AMIGO mio: al señor de Orbe he entregado un lio que se ha encargado de enviarte bajo sobre del señor Silvestre, en cuya casa le encontrarás; pero te advierto que para abrirle has de aguardar à que estés solo y en tu cuarto; en este lio hallarás una alhajita para tu uso. Es una especie de relicario que gustan llevar consigo los amantes. El modo de servirse de él es muy raro: es menester contemplarle todas las mañanas un cuarto de hora con cierta ternura, se aplica luego à los ojos, à la boca y al corazon, y sirve, dicen, de preservativo por todo el dia contra los aires malos del pais del galanteo. Tambien atribuyen à los relicarios de esta especie otra virtud eléctrica muy singular, y es que comunican al uno las impresiones de los besos del otro à mas de cien leguas de distancia. No afirmo que salga bien la esperiencia, pero estará en tu mano el hacerla.

Sosiegate acerca de mis dos galanes, ó pretendientes, ó como quieras llamarlos, porque ya el nombre que les des nada importa: se han ido; vayan con Dios. Desde que no los veo, no los aborrezco.

CARTA XXI.

A JULIA.

PUES que tú lo exiges, Julia, menester será retratarte à estas amables parisienses. ¿Soberbia, faltaba este homenaje à tus atractivos! Con esos tus fingidos zelos, tu modestia y tu amor, mas variado que recelo veo que esconde tu curiosidad. Sea como fuere, diré la verdad, la puedo decir, y con mas satisfaccion la dijera si mas que alabar tuviese. ¿O si cien veces mas hermosas fueran! si suficientes gracias poseyeran para tributar nuevo honor à las tuyas!

¿Te quejabas de mi silencio! Dios mio! que te habia de decir? Cuando esta carta leas verás porque gustaba de hablarte de tus vecinas las valaisanas, y porque no te he hablado de las mugeres de este pais. Las unas sin cesar se traian à mi memo-

ria, y las otras... Lee, y sentenciarás luego. En cuanto á lo demás, pocos piensan de las damas francesas como yo, si acaso no soy solo de mi dictamen. La equidad me obliga á advertirtelo, para que sepas que te las pinto, acaso no como son, sino como á mi me parecen. No obstante, si soy injusto con ellas no dejarás de censurarme de nuevo, y cometerás mayor injusticia que yo, porque tuya sola es la culpa.

Empecemos por lo exterior, que es á lo que se ciñe la mayor parte de los observadores. Si en esto los imitase yo tendrían sobrado motivo para agraviarse las mugeres de este país, que tienen su exterior de caracter como de rostro, y como no les es uno mas propicio que otro, las ofende quien por solo el las juzga. Son cuando mas pasaderas de figura, y en general mas bien feas que bonitas: deajo aparte las escepciones. Delgadas, antes que bien formadas, no tienen buen talle, y por eso adoptan á porfia las modas que le encubren, en lo cual hallo que son muy simples las mugeres de los otros países que imitan las modas destinadas á disminuir defectos de que ellas no adolecen.

Su andar es facil y ordinario; su aire nada tiene de afectado porque no gustan de incomodarse; pero naturalmente tienen cierta desenvoltura, que no carece de gracia, y que les da muchas veces porque vaya hasta el atolondramiento. Su tez es medianamente blanca, y por lo comun son algo flacas, cosa que no contribuye á dar lustre á su cutis. En cuanto al pecho es el extremo opuesto á las valaisanas. Con corses muy estrechos procuran inspirar ilusion acerca de su consistencia, y tienen otros medios de engañar acerca del color. Aunque todas estas cosas solo desde lejos haya podido contemplarlas, es tan libre su examen que poco que adivinar queda. Parece que estas damas conocen mal en esta parte sus intereses, porque con poco agradable que el rostro fuera, para

lo demás mejor las serviría la imaginacion del espectador que los ojos; y segun opina el filosofo gascon, mas recia es el hambre entera, que la que ya esta satisfecha á lo menos por un sentido.

Son poco regulares sus facciones, pero sino son hermosas, tienen una viveza que suple por la beldad, y á veces la eclipsa. Sus ojos son brillantes y vivos, mas no dulces ni penetrantes, y aunque á poder de carmin quieran animarlos, la espresion que por este medio les dan mas se semeja al fuego de la colera que al del amor. Naturalmente solo alegría manifiestan, y si alguna vez parece que solicitan un tierno afecto, nunca lo prometen (1).

Se visten tan bien, ó á lo menos tal reputacion de ello tienen, que en esto, como en lo demás son el dechado del resto de Europa; y efectivamente es imposible llevar con mas gusto traje mas estravagante. Entre todas las mugeres son las que menos á sus propias modas se sujetan. La moda manda en las mugeres de provincia, pero las parisienas mandan en la moda, y la saben adoptar cada una como le conviene. Aquellas son unos ignorantes y serviles copistas, que hasta los yerros de ortografia copian; y estas son autores que copian como maestros, y saben enmendar las lecciones erradas.

Su arreo mas es esquisito que magnifico, y reina en él mas elegancia que riqueza. La vicisitud de la moda que de un año á otro todo lo envejece, la limpieza que es causa de que gusten de mudar con mucha frecuencia de traje, las preservan de una ridicula suntuosidad: no gastan menos, pero aprovecha mas lo que gastan; en vez de trajes soberbios y ruidos como en Italia, aqui se ven vestidos mas sencillos pero nunca traídos. En este punto ambos sexos gastan la misma moderacion y la misma finura, y este gusto es muy del mio, que no me parecen bien ni bordados de oro ni manchas. Ecepto nuestro pueblo, no hay

(1) ¿Hablemos de nosotros, filosofo amigo, porque no han de ser otros mas afortunados? Solo la que á todos quiere prender promete á todo el mundo lo que no concede mas que á uno.

ningun otro en que las mugeres especialmente gasten menos bordados de oro. Las mismas telas usan las mugeres de todas clases, y con dificultad se distinguiria una duquesa de la esposa de un vecino hourado, si no tuviera aquella el arte de imaginar distinciones que no se atreve esta á imitar. Parece que tiene esto sus dificultades, porque cualquiera que sea la moda que se adopte en palacio, al instante la sigue la capital toda; y no hacen los vecinos de Paris como las provinciales y las extranjeras, que siempre se visten á la moda pasada; ni tampoco sucede lo que en los otros países, donde como los mas considerables son los mas ricos, tambien se distinguen sus mugeres con un lujo que no pueden igualar las otras. Si las grandes siguieran aqui este estilo, en breve las eclipsarian las de los asentistas. ¿Pues que han hecho? han escogido mas seguros y mañosos medios, y que prueban mas reflexion. Saben que en los animos del pueblo estan profundamente grabadas las ideas de pudor y modestia, y esto les ha sugerido modas inimitables. Han visto que miraba el pueblo con horror el carmin, que está empeñado en llamar toscamente colorete, y se han puesto cuatro dedos no de colorete, sino de carmin, porque variando el nombre no es la cosa la misma. Han visto que el pecho descubierto escandalizaba al publico, y han escotado hasta abajo sus corses. Han visto... Oh! muchas cosas que, aunque tan señora, nunca ciertamente las verá mi Julia. En sus modales reina el mismo principio que sus arreos dirige. Les ha parecido plebeyo y vil aquel hechicero pudor que distingue, honra y hermosea tu sexo; su rostro y sus acciones los han animado con un noble descaro, y no hay hombre de bien, á quien cuando de hito en hito le miran, no hagan bajar los ojos. Asi dejando de ser mugeres, por temor de que con las otras mugeres las confundan, prefieren á su sexo su gerarquía, é imitan á las publicas rameras para no ser imitadas.

No sé hasta donde llega esta imitacion de su parte, pero sé que no han

podido enteramente evitar la que procuraban precaver. El carmin y los corses escotados han hecho todos cuantos progresos podian hacer. Mas han querido las mugeres del vecindario de la capital renunciar á sus colores naturales, y á las gracias que podian sacar del amoroso pensier de los amantes, que vestirse menos á lo señor; y si no ha cundido este ejemplo en las condiciones mas menudas, es porque una muger á pie en semeiante trage no está muy segura de los insultos del populacho. Son estos insultos clamores del pudor amotinado, y en este caso, como en otros muchos, la rudeza del pueblo, mas honesta que el bien parecer de la gente culta, contiene acaso aqui á cien mil mugeres dentro del coto de la modestia, que es justamente lo que han querido las mañosas inventoras de estas modas.

Por lo que es la facha de soldado y el tono de granadero causa menos eco, porque es mas universal, y solo los notan los recién llegados. Desde el arribal de san German hasta el mercado, hay en Paris pocas mugeres cuyo hablar y mirar no sea de un descoco tal, que deja cortado á quien no ha visto en su país nada que se le parezca; y de la estrañeza que causan estos nuevos modales nace la falta de marcialidad que cehan en cara á los forasteros. Aun es peor cuando abren la boca: no es la suave y delicada voz de nuestras vaudesas; sino un acento duro, agrio, interrogativo, imperioso, burlesco, y mas fuerte que el de un hombre. Si queda en su tono alguna gracia de su sexo, su intrepido y curioso modo de mirar á la gente á la cara acaba de eclipsarla. Parece que se se complacen en disfrutar del encogimiento que infunden á los que por la vez primera las visitan; pero es de creer que les agradaria menos este encogimiento, si conocieran mejor el motivo.

No obstante, ya sea preocupacion mia en favor de la hermosura, ó ya instinto suyo para hacerse apreciar, lo cierto es que en general me parecen las hermosas algo mas modestas, y que ha-

llo su porte mas decente; reserva que les cuesta muy poco, porque saben lo que valen, y conocen que no necesitan de cebo para llamarnos. Puede ser tambien que sea mas sensible y repugnante el desearo unido à la fealdad; y es cierto que antes haria uno de bofetadas que de besos un rostro feo y descarado, en vez de que si es modesto puede escribir cierta tierna compasion que à veces para en amor. Pero aunque generalmente se note aqui cierta cosa mas suave en el porte de las personas bonitas, gastan tanto melindre en sus acciones, y se ocupan tan à las claras en si propias, que nunca està uno en este pais espuesto à la tentacion en que junto à las inglesas caia algunas veces el señor de Muralt, de decir à una muger que era hermosa, para tener el gusto de que lo supiera.

Ni la alegria natural de la nacion, ni el deseo de imitar los modales de los grandes son la causa unica de esta libertad de conversacion y de estilos que se nota aqui en las mugeres, y parece que tiene raices mas hondas en la imprudente, y continua mezcla de ambos sexos, que hace que cada uno de ellos contraiga el tono, el estilo y los modales del otro. Nuestras suizas gustan de juntarse unas con otras (1), viven en una dulce intimidad, y aunque verosimilmente no aborrecen el trato con los hombres, es cierto que la presencia de estos causa cierta especie de sujecion en esta pequeña ginecocracia. En Paris sucede todo lo contrario: las mugeres gustan de vivir siempre en compaõia de los hombres, y no se hallan bien cuando están sin ellos. En cada sociedad està casi siempre sola el ama de la casa, en medio de una muchedumbre de hombres. Apenas puede comprenderse de donde sale tanto hombre como se halla en todas partes; pero Paris està lleno de buscones y celibatarios que pasan la vida andando de casa en casa; y los hombres, como la moneda, se multiplican en la apariençia con la circulacion. Allí

(1) *Todo esto ha variado mucho. Las circunstancias indican que estas cartas se escribieron veinte años hace, y por las costumbres y el estilo parece que tienen un siglo.*

aprende una muger à hablar, obrar y pensar como ellos, y ellos como ella. Allí siendo unico objeto de galanteo disfruta en paz de sus insultantes homenajes, à que ni siquiera se dignan de dar un viso de buena fe. Que importa? de veras ó en burlas se ocupan en ella, que es todo cuanto quiere. Si llega otra muger el estilo de ceremonia sucede al instante al de intimidad: empiezan los cumplimientos, se divide la atencion de los hombres, y se hallan reciprocamente todas en una desazon secreta, de la cual no salen hasta que se separan.

Gustan las mugeres de Paris de ver los teatros, esto es de ser vistas; pero es la dificultad cada vez que quieren ir el encontrar compaõiera, porque ni permite el estilo que vaya ninguna muger sola à un aposento, ni aunque sea con su marido, ni aunque sea con cualquier otro hombre. Es indecible cuan difícil es formar una de estas partidas en este pais tan sociable; de diez que se proyectan fallan las nueve: las forma el deseo de ir al teatro, y las rompe el fastidio de la compaõia. Yo creo que con facilidad podrian abrogar las mugeres este inepto estilo; porque ¿que razon hay para no mostrarse sola en publico? Pero acaso este defecto de razon es el que le mantiene; bueno es aplicar, en cuanto es posible, el bien parecer à cosas à que es inutil faltar. ¿Que grangearia una muger con el derecho de ir sin compaõiera à la opera? no vale mas reservar este derecho para recibir sola à sus amigos?

Cierto es que deben ser mil conexiones secretas fruto de su modo de vivir desparramadas y aisladas entre tantos hombres. Hoy dia todo el mundo conviven en ello, y ha destruido la esperiencia la maxima absurda de vencer las tentaciones multiplicandolas. Tampoco dice ya que este estilo es mas decente, sino que es mas agradable; y esto tambien creo yo que es falso: porque ¿que amor puede reinar donde es escarnecido el

pudor? ni que atractivo tener una vida privada à una de amor y honestidad? Por eso como el terrible azote de toda esta gente tan dispada es el fastidio, menos se curan las mugeres de que las amen que de que las diviertan; mas que el amor valen con ellas el galanteo y las atenciones, y con tal que sea uno su continuo acompaõante, poco les importa que esté é deje de estar apasionado, y hasta las voces de amor y amante estan desterradas de la intima sociedad de ambos sexos, y relegadas con las de *grillos* y *llama* à las novelas que nadie lee.

Parece que esté aqui trastornado todo el orden de los afectos naturales. El corazon no estrecha union ninguna; no es permitido à las muchachas tener uno; es un derecho reservado para las mugeres casadas, y pueden elegir à quien quisieren, como su marido no sea. Mas valdria que tuviese una madre veinte amantes; que no su hija uno solo. No repugna el adulterio, ni hallan en él cosa contraria al bien parecer; las novelas mas decentes, las que para su instruccion todo el mundo lee, están llenas de adulteros, y no es vituperable el desorden, cuando con la infidelidad va unido. O Julia! muger de estas que no han temido amancillar cien veces el lecho conyugal seria osada à acusar con su impura lengua nuestros castos amores y à condenar la union de dos pechos sineros, que nunca supieron quebrantar la fe. Diria uno que no es el matrimonio en Paris de la misma naturaleza que en las demas partes. Es un sacramento segun dicen, y no tiene el tal sacramento la fuerza que el ultimo contrato civil; parece que no es mas que un convenio entre dos personas libres que estipulan que viviran juntas, que se llamarán con el mismo nombre, y reconocerán à los mismos hijos; pero que por otra parte no da derecho ninguno à la una en la otra, y un marido que pensara aqui en refrenar la mala conducta de su muger no escitaria menos murmuraciones que el que en nuestro pais consintiese el publico desorden de la suya. Por su parte las mugeres no gastan rigor

con sus maridos, y no vemos todavia que los hagan castigar porque imitan sus infidelidades. ¿Y como se ha de esperar por una ú otra parte mas honrado efecto de un vinculo formado sin consultar el corazon? Quien con solo el caudal ó el empleo se casa nada debe à la persona.

El amor, el mismo amor ha perdido sus derechos, y no està menos estragado que el matrimonio. Si son aqui los esposos solteros y solteras que habitan juntos para vivir mas libres, los amantes son sujetos indiferentes que se ven por diversion, por moda, por costumbre, ó por la necesidad de un instante, no tiene que ver el corazon con estas conexiones, y solo se consulta la comoda, y lo que à ambos puede convenir; y si se quiere, es conocerse, vivir juntos, concertarse, verse todavia menos si es posible. Una conexon de galanteo dura algo mas que una visita; y es una eleccion de bonitos dialogos, y bonitas cartas llenas de retratos, de maximas, de filosofia y conceptos. En cuanto à lo fisico, no se requiere tanto misterio; prudentisimamente han hallado que debian arreglar que el instante de los deseos la facilidad de satisfacerlos; la primera y el primero que llega, el amante ú otro, siempre un hombre es un hombre; todos son casi por igual buenos, y esto à lo menos lleva consecuencia; porque ¿que razon hay para ser mas fiel à un amante que à un marido? y despues hasta cierta edad casi todos los hombres son el mismo hombre, y todas las mugeres la misma muger; todos estos muñecos salen de casa de la propia modista, y casi no hay mas eleccion que hacer que cogier el que mas à mano se halla.

Como nada de esto lo sé por mi propio, me han hablado de ello en estilo tan extraordinario, que no me ha sido posible entender bien lo que me decian. Todo cuanto he comprendido es que para la mayor parte de las mugeres es el amante como un criado de casa; si no cumple bien con su obligacion se le despide y se toma otro; si él halla otra cosa mejor, ó se fastidia de su cargo, se

despide él, y ella toma otro. Dicen que hay mugeres tan autojuzgadas, que prueban hasta al amo de casa, porque al fin también es una especie de hombre; pero este autojuzgo nunca es duradero, y cuando se ha acabado le echan y toman otro, ó si se empeña él, le conservan y toman otro.

Pero decía yo al que tan extraños estilos me esplicaba, ¿cómo vive luego una muger con todos esos otros que ha despedido, ó que se han despedido? Bueno, replicó; no vive, ni se vuelven á ver, ni se conocen. Si alguna vez les pasa por la cabeza volver á la misma union, hay que hacer nuevo conocimiento, y mucho será si se acuerdan de haberse visto. Ya entiendo, le dije; pero por mas que aprecie en su justo valor esas ponderaciones, no comprendo como despues de una union tan tierna pueden verse con frialdad, como no palpita el corazon al oír el nombre de lo que una vez se quiso, como no da bríncos en el pecho cuando uno con otro se encuentra. Me hace V. reír, me interrumpió, con sus bríncos: ¿quiere V. que nuestras damas no hagan otra cosa que caer á cada instante con alfercias?

Suprime parte de esta pintura sin duda abultada; pon á Julia al lado de lo restante; acuerdate de mi corazon, y nada mas tengo que decirte.

Se ha de confesar no obstante que muchas de estas desagradables impresiones las borra la costumbre. Si se presenta el mal antes que el bien, no estorba que alternativamente este se deje ver; y las prendas de la inteligencia y la buena índole dan valor á las personales. Venida la repugnancia primera en breve se convierte en un contrario afecto. Este es el otro punto de vista del cuadro, y no me permite la justicia que solo por la parte que no le hace favor le enseñe.

Es el primer inconveniente de las ciudades populosas que se vuelvan los hombres distintos de lo que son, y que les dé la sociedad una existencia diferente, por decirlo así, de la suya. Esto se verifica en París particularmente, y mas particularmente con respecto á las mugeres que de las ajenas opiniones sacan la única

existencia de que hacen caso. Cuando en una asamblea se acerca uno á una señora, en vez de una parisiense con quien cree que habla, solo se encuentra con una muñeca á la moda. Su estatura, su gordura, su andar, su talle, su pecho, su color, su aire, su mirar, sus razones, sus modales; nada de esto es suyo propio, y quien en su estado natural la viera, no pudiera conocerla, y raras veces sucede que sea este cambio útil á las que le hacen, porque generalmente hablando nada se gana con lo que á lo natural se restituye. Pero la naturaleza nunca enteramente se borra, siempre aparece por alguna parte, y en cierta maña para columbrarla consiste el arte de observar; arte que con las mugeres de este pais no es difícil, porque como tienen mas naturalidad de la que ellas creen, á poco que con alguna perseverancia las frecuenten, á poco que las saquen de la eterna representacion en que tanto se complacen, pronto se ven como ellas son; y entonces se convierte en estimacion y amistad toda la aversion que primero inspiraban.

Ocasion tuve de observar esto la semana pasada en una partida de campo, á que con bastante atolondramiento nos convidaron unas damas á mí y á otros recién llegados, sin averiguar si les pesabamos, ó acaso para divertirse á su sabor riendose de nosotros. Así fue el primer día: nos lanzaron una infinidad de flechazos agudos y bien acerados, que como caían sin rebotar, muy en breve dejaron su carcaj exhausto. Entonces se rindieron alegremente á nuestra direccion, y no habiendo podido lograr que nos adaptáramos á su estilo, se adaptaron ellas al nuestro. No se si sacaron utilidad de este cambio; yo por mi gane mucho con él, y vi con extrañeza que mas aprendia con ellas que lo que me hubieran enseñado muchos hombres. Tanto ornaba su agudeza el juicio sano que sentia la que habían malgastado en estragarle; y apreciando mejor á las mugeres de este pais me lamentaba de que les faltara la razon á tantas personas amables solo porque no querian tenerla. También vi que las gracias naturales y familiares

poco á poco desvanecian el estilo afectado de la ciudad; porque sin pensar se adoptan modales analogos á las cosas que se dicen, y no hay medio de acompañar razones juiciosas con los melindres de un fingido amor. Encontré que eran mas bonitas desde que se curaban menos de serlo, y conocí que les bastaba para agradar no disfrazarse. Fundado en esto me atreví á sospechar que Paris, pretensio empirio del buen gusto, es acaso el pueblo del mundo donde está mas estragado, puesto que todo el esmero que en agradar ponen desfigura la verdadera hermosura.

Cuatro ó cinco dias permanecimos juntos, satisfechos unos con otros, y con nosotros mismos. En vez de pasar revista á Paris y á sus locuras, nos olvidamos de él, ciñendose todos nuestros quehaceres á disfrutar entre nosotros de una grata y dulce sociedad. No tuvimos necesidad de sátiras ni burletas para gastar buen humor, y nuestra risa no era de escarnio, sino de alegría, como la de tu prima.

Otra cosa acabó de hacerme mudar de dictamen acerca de estas mugeres. Muchas veces en mitad de nuestras mas animadas conversaciones venian á decir una palabra al oído al ama de casa, y esta salia, iba á encerrarse para escribir, y no volvia hasta pasado mucho tiempo. Fácil cosa era atribuir estos eclipses á alguna correspondencia de amor, ó de lo que así llaman. Otra muger soltó de paso una palabra equívoca que fué oída con mucho desagrado, la cual me probó que si no tenia la ausente amantes, no le faltaban amigos. Habiendo no obstante la curiosidad excitado mi atención, cuan atento me quedé cuando supe que los pretendidos pisaverdes de Paris eran labradores de la parroquia, que venian en sus cuitas á implorar el amparo de su señora: uno cargado en el encabezamiento para descargar á otro mas rico; otro alistado en la milicia sin respeto á su edad ni á sus hijos; otro (1) oprimido por un poderoso

vecino con un pleito injusto, y otro que habia dejado sin medios la piedra, y de quien exigian con el mayor rigor el canon de la tierra que labraba. Finalmente, todos tenian alguna gracia que solicitar, á todos los oia con paciencia, á ninguna desatendia, y el tiempo que atribuian que le empleaba en cartas de amores le gastaba en escribir á favor de estos desventurados. No te puedo explicar el pavor que tuve cuando supe el gusto que una muger tan moza y tan dispada tenia en cumplir con estas amables obligaciones, y cuan sin ostentacion las desempeñaba: ¿Cómo, decía yo enternecido, si fuera Julia no obraria de de otro modo! Desde entonces siempre la he mirado con respeto, y se han borrado á mis ojos sus defectos.

Luego que he dirigido hácia este punto mis investigaciones, he sabido mil cosas honrosas para aquellas mismas mugeres que al principio me habian parecido tan inaguantables. Todos los extranjeros convienen unánimes en que, dejando á parte las conversaciones á la moda, no hay pais en el mundo donde las mugeres sean mas ilustradas, generalmente hablen con mas juicio, y sepan en caso de necesidad dar mejores consejos. Prescindamos de la gerigonza del galanteo y los conceptos; que partido sacaremos de una española, una italiana, ó una alemana? Ninguno; y tú, Julia, sabes lo que con nuestras suizas por lo comun sucede. Pero atrevase un hombre á dejar aparte el galanteo, y á sacar á las francesas de este castillo, del cual á la verdad no gustan de salir, halla uno con quien hablar en campo raso, y cree que las ha con un hombre; así se saben armar de razon, y hacer de necesidad virtud. En cuanto á su buen carácter no citaré el celo con que á sus amigos sirven, porque en esto puede reinar cierto calor de amor propio que en todos los paises se halla; pero aunque por lo comun solo á si propias se aman, una larga costumbre, cuando tienen suficiente

(1) Esto sucedia en la otra guerra (la de 1741) pero no en esta (la de 1756) que yo sepa. No se toca á los hombres casados, y esto hace que se casen muchos.

constancia para contraerla sustituye en ellas á un afecto bastante vivo; las que pueden sufrir una inclinacion de diez años la conservan por lo común toda su vida; y quieren á sus amigos viejos con mas ternera; ó á lo menos con mas sinceridad que á sus amantes mozos.

Una observacion bastante general que parece probar en contra de las mugeres es que todo lo hacen en este pais, y por consiguiente mas daño que provecho; pero lo que las justifica es que hacen mal, incitadas por los hombres, y bien, movidas por sí propias. Esto no contradice lo que antes he dicho; que el corazon no tiene parte ninguna en el trato de los dos sexos, porque la galanteria francesa ha dado á las mugeres una potencia universal que no necesita para mantenerse afecto tierno. Todo pende de ellas; todo se hace por ellas y para ellas: el Olimpo, el Parnaso, la gloria, la fortuna están igualmente sujetos á sus leyes. Ni tienen aprecio los libros, ni estimacion los autores, sino en cuanto peca á las mugeres dárselos, y fallan como arbitros supremos de los conocimientos mas elevados, como de los mas agradables. Poesia, literatura, historia, filosofia y hasta politica; al instante por el estilo se echa de ver que se han escrito para la diversion de mugeres bonitas; y acaban de poner la Biblia en historietas de amorios. En los asuntos para alcanzar lo que solicitan tienen un ascendiente natural hasta con sus propios maridos, no porque son sus maridos, sino porque son hombres, y porque es cosa ya sabida que no puede un hombre negar nada á muger ninguna, aunque sea la suya.

En cuanto á lo demas, no supone esta autoridad ni cariño, ni estimacion, sino solo urbanidad y trato de gentes; porque por otra parte es punto no menos esencial de la galanteria francesa despreciar á las mugeres que servir las. Este desprecio es una especie de titulo que ellas reverencian, y un testimonio de haber vivido lo bastante con ellas para conocerlas. El que las respetase le tendrian ellas por un novicio, un caballero andante, un hombre que solo en las

novelas ha visto mugeres. Se juzgan con tanta equidad á sí propias, que honrarlas seria hacerse indigno de sus favores, y la prenda primera del hombre afortunado con ellas es ser de una soberana insolencia.

Sea como fuere, en balde hacen vanidad de ser malas, son buenas á su despecho; y la bondad de su corazon es útil para lo que voy á decir. En todos los paises los hombres cargados de negocios siempre son adustos y sin comiseracion; y siendo Paris el centro de los negocios del mayor pueblo de Europa, los que estan encargados de su gestion son los mas duros de los hombres. Así para alcanzar una gracia se dirigen á las mugeres, que son el remedio de los desdichados, que no cierran el oido á sus quejas, que los escuchan, los consuelan y los sirven. En medio de su frivola vida saben quitarse ratos de diversion para consagrarlos á su buena indole; y si algunas hacen un infame trafico de los servicios que hacen, millares hay de ellas que gratuitamente se emplean todos los dias en socorrer al menesteroso con su bolsillo, y con su crédito al desvalido. Verdad es que sus empeños muchas veces son imprudentes, y que sin escrupulo perjudican al desventurado que conocen; pero como es posible conocer á todo el mundo en un pais tan vasto? y que mas puede hacer la bondad de alma que no va unida con la verdadera virtud, cuyo esfuerzo mas sublime no tanto es hacer bien, como no hacer nunca mal? Fuera de esto, es cierto que tienen propension al bien, que hacen mucho, que le hacen de buena voluntad, que ellas solas son las que conservan en Paris la poca humanidad que todavia se ve reinar, y que sin ellas veriamos á los hombres insociables y codiciosos devorarse como lobos.

Esto no lo hubiera yo sabido si me hubiera atendido á las pinturas de los compositores de novelas y comedias, que antes descubren en las mugeres ridiculeces en que les cabe á ellos su parte, que las buenas prendas que ellos no tienen; ó pintan dechados de virtud de

cuya imitacion se dispensan las mugeres tratandolas de imaginarias; y no saben estimularlas al bien elogiando el que realmente hacen. Acaso son las novelas la postrera instruccion que queda que dar á un pueblo ya corrompido que no pueda aprovecharle otra: entonces quisiera yo que la composicion de este genero de libros se permitiera solo á hombres de bien poco sensibles, cuyo corazon en sus escritos se pintara; á autores que no estuvieran exentos de las humanas flaquezas, que no mostraran de repente la virtud en el cielo fuera del alcance de los hombres, sino que si la hicieran amar, pintandola al principio menos austera, y luego del seno del vicio supieran poco á poco conducir á ella.

Ya te lo he advertido: en nada soy del común dictamen acerca de las mugeres de este pais. Todos unánimemente hallan en ellas el mas encantador agasajo, las gracias que mas prendan, el talento mas acendrado de cautivar, lo sublime de la galanteria, y el arte de agradar en supremo grado. Yo encuentro su agasajo desagradable, su talento de cautivar repugnante, y sus modales inmediatos. Me imagino que se debe el corazon cerrar á todos sus asaltos, y nunca me persuadirán á que puedan hablar un punto de amor sin mostrarse tan incapaces de inspirarle como de sentirle.

Por otra parte enseña la fama á no farse de su caracter; nos las pintan frivolas, astutas, arteras, atolondradas, mudables, hablando bien, pero no pensando, menos aun sintiendo, y empleando todo su merito en una sutil parladeria. Esto todo me parece á mi su ser exterior, como su carmin y su tontillo. Son vicios de muestra que es preciso afectar en Paris, pero que encubren juicio, razon, humanidad y buena indole. Son menos imprudentes, menos entremetidas que nosotros, y acaso menos que en

ningun otro pueblo. Tienen una instruccion mas solida, y aprovecha mas su instruccion á su sano juicio. En una palabra, si me desagrada por todo cuanto su sexo que han desfigurado caracteriza, las estimo por analogias con el nuestro que nos dan hora, y hallo que cien veces mejor serian hombres de merito que mugeres amables.

En conclusion, si no hubiera existido Julia; y si hubiera cabido en mi corazon alguna otra inclinacion que aquella para que nació, nunca hubiera escogido en Paris á mi muger, y mucho menos á mi dama; pero hubiera procurado hallar en él una amiga, y acaso me hubiera este tesoro consolado de no poder encontrar los otros dos (1).

CARTA XXII.

A JULIA.

DESDE que recibí tu carta todos los dias he ido á casa del señor Silvestre á saber del lio y nunca este llegaba. Devorado de una mortal impaciencia siete veces he hecho el viaje en balde. Apenas le tuve en la mano, cuando sin pagar el porte, sin informarme de nada, sin decir nada á nadie, salí como un atolondrado; y no viendo el instante de estar ya de vuelta en mi casa, me entré con tanta precipitacion por calles que no conocia, que al cabo de media hora buscando la calle de Tournon donde vivo me hallaba en el barrio que llaman del Pantano al otro extremo de Paris. Me vi precisado á tomar un fiacre para volver mas presto, y es la primera vez que por la mañana le he alquilado para mis asuntos, y aun me sirvo de él con repugnancia para algunas visitas de por la tarde, porque tengo buenas piermas, y sentiria que un poco mas de aumento en mi caudal me hiciera abandonar su uso.

Estaba en mi fiacre muy atado con mi lio, que no queria abrir hasta mi ca-

(1) Me guardaré muy bien de fallar acerca de esta carta, pero dudo que dictámen de uno que liberalmente concede á aquellas de que se trata calidades que no aprecian, y les niega las que en mas tienen, sea bien admitido de ellas.

sa en cumplimiento de tu mandato. Por otra parte una especie de voluptuosidad que deja que me olvide de la comodidad en las cosas ordinarias, hace que le apetezca con ansia en los verdaderos contentos. No puedo sufrir en estos ninguna especie de distraccion, y quiero tener tiempo y lugar para paladear cuanto de tí me viene. Tenia en la mano el libro con una curiosidad desasosegada, que no estaba en mí reprimir; me esforzaba palpando por encima de las cubiertas á adivinar lo que podian contener, y hubieran dicho que me quemaba las manos al ver el movimiento continuo con que de una á otra le mudaba. A la verdad su volumen, su peso, el estilo de tu carta me daban alguna sospecha de la verdad; pero ¿como podia yo comprender de que modo habias hallado el artista y la ocasion? Esto no lo comprendo todavia, es un portento de amor; cuanto mas escude mi razon, mas encanta mi corazon, y uno de los gustos que de él saco es no poder descubrir como se ha hecho.

Finalmente llevo, vuelvo, me encierro en mi cuarto, me siento perdida la respiracion, rompo temblandome la mano el sello. ¡Oh primer influjo del amuleto! á cada cubierta que quitaba sentia palpar mi corazon, y en breve me hallé tan oprimido, que antes de quitar la ultima me vi precisado á tomar aliento.... ¡Julia, ó Julia mia!... rasgado está el velo!... te veo... veo tus divinos atractivos! mi boca y mi corazon les rinden el primer tributo, mis rodillas se doblan.... ¡Adorado hechizo, todavia otra vez habrás encautado mis ojos! que pronto, que eficaz es el magico efecto de estas facciones queridas! No; no se necesita, como tú dices, un cuarto de hora para sentirle; un minuto, un instante basta para arrancar de mi seno mil abrasados suspiros, y acordarme con tu imagen la de mi pasada gloria.... ¿Porque ha de estar el gozo de poseer tan precioso tesoro acibarado con amargura tan cruel? ¡Con que violencia me acuerda tiempos que ya se han ido! Al verle creo que aun te miro; creo que de nuevo me encuentro en aquellos de-

liciosos momentos cuya memoria ahora hace el torcedor de mi vida, y que me dió y me robó en su enojo el cielo. ¡Ay! otro instante me desengaña; todo el tormento de la ausencia revive y se torna mas acerbo desvaneciéndose el error que le habia suspendido, y soy como aquellos desventurados, cuyos tormentos, si se interrumpen, es para hacer que mas los sientan. ¡Dioses! que tormentos de llamas en este inesperado objeto beben mis ansiosas miradas! ¡Oh! como reviven en lo interior de mi corazon todos los impetuosos movimientos que escitaba tu presencia! ¡Oh Julia! si fuera cierto que comunicar á los tuyos pudiese el delirio y la ilusion de los míos!... Pero, porque no? porque no han de ir tan lejos como el alma impresiones que con tanta actividad del alma se lanzan? Ah! querida amante, do quiera que estés y cualquiera cosa en que te ocupes, en el instante en que esta escribo, en el instante en que recibes tu retrato cuanto á tu persona dirige tu idolatra amante; ¿no sientes bañado tu bello rostro en llantos de amor y tristeza? no sientes tus ojos, tus mejillas, tu boca, tu seno, apretados, estrechados, abrumados con mis encendidos besos? no te sientes abrasar toda entera con el fuego de mis inflamados labios?... Cielos que oigo! Alguien viene... Ah! encerremos, escondamos mi tesoro.... un impertinente.... ¡Maldita sea el cruel que viene á turbar tan dulces rebatos... Ojala que nunca ame... o que se vea ausente de su amada!

CARTA XXIII.

DEL AMANTE DE JULIA A LA SEÑORA
D^{ña} ORBE, su amada.

A V. preciosa prima, es á quien voy á dar cuenta de la ópera, porque aunque no me habla de ella en sus cartas, y Julia le ha guardado el secreto, no se me esconde de donde le viene su curiosidad. Una vez he ido para contentar la mia, y otras dos he vuelto por V. Todavía puedo volver, hostezar, padecer y morir por dar á V. gusto; pero lo que

es estar despierto y atento, eso no me es posible.

Antes de decir á V. mi dictamen sobre este famoso teatro, la informaré de lo que aquí de él dicen, y el juicio de los inteligentes podrá rectificar si me engaño el mio.

La ópera de Paris se mira en Paris como el mas pomposo, el mas delicioso, el mas admirable espectáculo que inventó el arte humana; es, dicen, el monumento mas soberbio de la magnificencia de Luis XIV. No tiene todo el mundo la libertad que V. se figura de decir su opinion acerca de tan grave materia. Aquí de todo se puede disputar, menos de musica y la ópera, en este punto, solo hay riesgo en no ser disimulado. Se mantiene la musica francesa por medio de una severisima inquisicion, y la primera cosa que por via de leccion insinuan á todos los extranjeros que vienen al pais, es que todos los extranjeros convienen en que no haya cosa tan hermosa en lo demas del mundo como la ópera de Paris, y efectivamente lo cierto es que los mas prudentes callan, y solo se atreven á burlarse entre ellos.

No obstante es preciso convenir en que representan con mucho aparato no solo todas las maravillas de la naturaleza, mas tambien otras muchas maravillas que nadie ha visto nunca, y Pope quiso ciertamente designar este estravagante teatro en aquel donde dice que se ve un batiburrillo de dioses, duendes, monstruos, reyes, pastores, hadas, el furor, la alegria, un incendio, una giga, una batalla y un baile.

Esta mezcolanza tan magnífica y tan bien ordenada se reputa como si de verdad contuviese todas cuantas cosas se presenten. Cuando se ve aparecer un tem-

plo, todo el mundo se llena de un santo respeto, y si la diosa es algo bonita tiene V. ya al patio medio pagano. Aquí no son tan escrupulosos como en la comedia francesa. Los mismos espectadores que no pueden revestir á un comediante de su personaje, en la ópera no pueden separar á un actor del suyo. Parece que se afectan los espíritus contra una ilusion racional, y solo se entregan á ella en cuanto es absurda y grosera, ó acaso les cuesta menos el concebir dioses que heroes. Como Jupiter es de otra naturaleza que nosotros, podemos pensar de él lo que quisieremos; pero Caton era hombre, ¿y cuantos hombres tienen derecho á creer que haya podido Caton existir?

Aquí no es la ópera, como en otras partes, una compañía de gentes pagada para ofrecerse de espectáculo al publico; verdad es que son gentes que paga el publico y que se ofrecen de espectáculo; pero todo eso varia de naturaleza atendido que es una academia real de musica, una especie de tribunal supremo que juzga sin apelacion en su propia causa, y que no se cura mucho de guardar fe ni justicia (1). Mire V., prima, como en ciertos países consiste en las voces la esencia de las cosas, y como bastan nombres decentes para honrar lo que menos lo es.

Los miembros de esta noble academia no están deshonrados; en cambio están escomulgados, que es justamente el estilo contrario de los demas países; pero acaso dandoles á escoger mas bien quieren ser nobles y condenarse que plebeyos y salvarse. En el teatro he visto á un caballero moderno tan ufano con su oficio, como antiguamente se tuvo por afrentado con el suyo el desventurado Laberio (2) aunque le ejercitase por

(1) Dicho con espresiones mas claras seria todavia mas cierto; pero aqui voy parte, y debo callarme. En todos los países donde es menor la sujecion á las leyes que á los hombres, es menester saber sufrir la injusticia.

(2) Precisado por el tirano á salir al teatro lamentó su suerte en versos muy patéticos, y capaces de encender la saña de todo hombre de bien contra este Cesar tan alabado. «Después de haber vivido, dijo, sesenta años con honra, he abandonado esta mañana mi casa caballero romano, y entraré esta tarde vil histron en ella. Ay! un dia de sobra he vivido. Oh fortuna! si ha-

fuera, y solo recitase sus propias obras. Tampoco pudo el antiguo Laberio volver á ocupar su puesto en el circo entre los caballeros romanos; y el nuevo todos los días halla uno en los bancos de la comedia francesa en medio de la primera nobleza del país; y nunca se oyó hablar en Roma con tanto respeto de la majestad del pueblo romano, como en París se habla de la majestad de la opera.

Esto es cuanto por conversaciones he podido recopilar acerca de este brillante espectáculo, ahora diré lo que por mis ojos he visto.

Figurese V. una especie de saco de unos quince pies de ancho, y largo á proporcion: este saco es la escena. A los dos lados se colocan de trecho en trecho unos lienzos de biombo en los cuales están toscamente pintados los objetos que se han de representar. El fondo es un lienzo pintado lo mismo, y casi siempre horadado ó hecho pedazos, lo cual figura simas en la tierra, ó agujeros en el cielo, según la perspectiva. Cada persona que por detras de la escena pasa y toca el lienzo produce bamboleándole una especie de terremoto que es muy curioso de ver. El cielo se representa con ciertos trapos de color azul celeste colgados en pertigas largas, ó en cuerdas, como el tendido de las lavanderas. El sol (que tambien algunas veces se vé) es un hachon metido en un farol. Los carros de los dioses y diosas se componen de cuatro maderos en cuadro, colgados de una maroma en forma de columpio: entre estos maderos hay una tabla en medio donde se sienta el dios, y por delante cuelga un trapo de estopa pintarrajado, que figurá la

nub: de este magnífico carro. Hacia lo inferior del carro se ve la iluminacion de dos ó tres velas de sebo hediendo, mal despabiladas, que mientras que hacen muecas y se despepita el personaje, meciendose en su columpio, le dan un humazo á su sabor: ¡digno aroma de la divinidad!

Como son los carros la porcion mas considerable de las maquinas de la opera, puede V. por ella juzgar de las demas. La mar alborotada consta de unos faroles largos angulares de tela ó carton azul ensartados en asadores paralelos, y á que hacen dar vueltas unos muchachos de la calle: el trueno es un carretón muy pesado que hacen andar por el embovedado, y que no es el instrumento menos sonante de esta agraciada musica. Los relampagos se hacen con cucharadas de pez resina, que tiran á una luz; y el rayo es un cohete al cabo de una culebrina.

El teatro está guarnecido de unos escotilloncitos cuadrados, que cuando se abren anuncian que van á salir los diablos del sotano. Cuando tienen que volar por los aires, les sustituyen con mucha maña unos diablos de lienzo erudo llenos de paja, y á veces algunos de los muchachos que deshollinan chimeneas, que se contonean en el aire colgados de unas sogas, hasta que majestuosamente se desaparecen en los trapos de que he hablado. Lo que realmente es tragico es cuando las sogas están mal atadas ó se quiebran, porque entonces espiritus infernales y dioses celestiales pegan un batacazo, se rompen las costillas, y á veces se matan. Añada V. á todo esto los monstruos que hacen muy pateticas ciertas escenas, como son dra-

bias de deshonrarme, ¿por que no me forzabas á esta torpeza cuando la juventud y el vigor me dejaban á lo menos una agradable figura? Ahora ¡que triste objeto voy á ofrecer al desprecio del pueblo romano! Una falliente voz, un cuerpo achacosos, un cadaver, un animado sepulcro, al que nada, sino es mi nombre, de mí queda.» El prologo entero que con este motivo recitó, la injusticia que le hizo Cesar, agraviado por la noble libertad con que su honor injuriado vengaba las afrentas que en el circo le hicieron, la bajeza que tuvo Ciceron de baldonar su oprobio, la aguda y picante replica de Laberio, todo esto nos lo ha conservado Aulo Gelio, y á mi ver es el mas interesante y curioso pasaje de su insulsa recopilacion.

gonés, lagartos, galapagos, cocodrilos; sapos y culebras, que se pasean por el teatro con una prosopopeya que da miedo, y hacen ver en la opera las tentaciones del bendito san Anton. Cada una de estas figuras la anima un bruto de aguador, que no tiene el entendimiento bastante para hacer de animal.

En esto, primita, consiste, sobre corta diferencia, el augusto aparato de la opera en cuanto desde el patio he podido con mi anteojo observar; porque no se ha de imaginar V. que sean estos medios muy escondidos, ni que produzcan ilusion; no digo en esto mas que lo que yo propio he visto, y lo que como yo verá cualquier espectador despreocupado. Afirman no obstante que hay una portentosa muchedumbre de maquinas destinadas á mover todo esto, y varias veces me han ofrecido enseñarmelas; pero nunca he tenido curiosidad de ver como se hacen mezquinas cosas con esfuerzos grandes.

Es increíble el numero de personas empleadas en el servicio de la opera. Juntos al coro y la orquesta componen cerca de ciento; hay una cañla de bailarines; todos los papeles son dobles y triples (1); quiere decir que siempre hay uno ó dos actores subalternos destinados á sustituir á cada actor principal, y pagados para que no hagan nada hasta que á este le pete no hacer nada, lo cual nunca tarda mucho en suceder. Pasadas algunas representaciones, los primeros actores, que son sugetos de mucha importancia, dejan de favorecer al publico con su presencia, y abandonan el puesto á sus sustitutos y á los sustitutos de los sustitutos. Siempre cobran el mismo dinero á la puerta, pero no se da el mismo espectáculo. Cada uno coge su boleta, como á una loteria, sin saber que suerte le ha de caer; y sea esta cual fuere, nadie es osado á quejarse, porque ha de saber V. que los nobles miembros de esta academia no deben respeto ninguno al publico, y que

el publico es quien se le debe á ellos.

No hablaré á V. de esta musica, porque ya la conoce. Pero de lo que no se pudiera V. formar idea es de los horrosos gritos, de los luengos bramidos con que durante la representacion resuena la escena. Vense las cantarinas casi convulsas arrancar con violencia estos ahullidos de los pulmones, apretando el pecho con los puños cerrados, echada la cabeza atras, encendido el rostro, hinchadas las venas, y dando latidos el estomago: no se sabe cual sentido mas disgustado queda, si la vista ó el oido; su afan da tanto que padecer á los que los miran, como su canto á los que los escuchan, lo mas extraño es que estos ahullidos son casi la unica cosa á que dan aplausos los espectadores. Yo por mi estoy persuadido á que aplauden los gritos de una cantarina de la opera como se aplauden las habilidades en la cuerda floja, que causan una penosa y desagradable sensacion, y padece uno mientras duran; pero se queda tan contento cuando ve que se han concluido sin desman, que manifiesta de corazon su alegria. Conciba V. que están este metodo de canto para espresar los mas agraciados y tiernos pasajes de Quinault; imagínese las Musas, las Gracias, los Amores y hasta la misma Venus, que se esplican con esta dulzura, y figurese el efecto. Pase en cuanto á los diablos, porque tiene esta musica algo de infernal que no les sienta mal; por eso la magica, los conjuros y toda la barahunda del aquellarre es lo que mas maravilla en la opera francesa.

Con estos hermosos sonidos, tan ajustados como suaves, se conciertan dignamente los de la orquesta. Figurese V. un guirigay sin fin de instrumentos sin melodía, un sordo y eterno ron run de bajos, la cosa la mas lugubre, la mas lamentable que en mi vida he oido, y que nunca he podido aguantar media hora seguida sin sacar un tremendo dolor de cabeza. Todo esto forma una es-

(1) En Italia no saben que cosa sean dobles, y no los aguantaria el publico; por eso es el espectáculo mucho mas barato, que les costaria muy caro el que le sirvieran mal.

peque de canto llano, en que por lo comun no hay canto ni melodía: pero si por casualidad ocurre un trozo algo menos monotonó, se oye un brincar universal, y se ve à todo el patio que con muchísimo afán y no menos estruendo sigue à un hombreco de la orquesta (1). Hechizados con sentir un instante la cadencia à que son tan poco sensibles, se agitan con oídos, con voz, con brazos, con pies y con todo el cuerpo por correr tras de la medida (2), que pierden à cada instante, mientras que los alemanes y los italianos, en quienes hace profunda impresion la sienten y la siguen sin ningún afán, y no necesitan llevar el compas con manos y pies: à lo menos à mi me ha dicho muchas veces Regiano que en las operas de Italia, donde es tan vivo y tan sensible nunca ni en la orquesta, ni entre los espectadores se ve ni el mas leve movimiento para señalarle. Pero en este pais todo indica la dureza del organo musical: las voces son toscas y sin suavidad, asperas y fuertes las inflexiones, pesados y violentos los sonidos; no hay cadencia ni acento melodioso en los cantares del pueblo; los instrumentos militares, los pifanos de la infantería, las trompas de la caballería, todos los obues, los cantores de la calle, los violines de los figones, todo esto toca tan desacomode, que repugna à los oídos menos delicados. No son dados à cada hombre los mismos talentos; y en general los franceses parece que son el pueblo de Europa que menos aptitud para la música tiene. Milord Eduardo afirma que los ingleses tienen tan poca como ellos, pero hay la diferencia de que estos lo saben y no se curan de ello, en vez de que los franceses renunciarían à otros mil derechos fundados y se dejarían condenar sobre cualquier otra cosa, antes que convenir en que no son los primeros músicos del mundo. Gentes hay que reputarían de

(1) *El maestro de musica.*

(2) *Me parece que no estan mal comparadas las arias ligeras de musica francesa con la carrera de una vaca que va à galope, ó la de una oca gruesa que quiere volar.*

buena gana la música en Paris negocio de estado, acaso porque en Esparta fué el cortar dos cuerdas à la lira de Timoteo; y bien ve V. que à esto no hay respuesta que dar. Sea como fuere, la opera de Paris pudiera ser una escolástica institucion política que no por eso agradaría mas à los sugetos de buen gusto. Volvamos à mi descripción.

Los bailes, que es de lo que me queda que hablar, son la parte mas brillante de esta opera, y por sí solos formarían un espectáculo magnífico, agradable y verdaderamente teatral; pero sirven como parte constituyente de la pieza, y en calidad de tal se deben considerar. V. conoce las operas de Quinault, y sabe como usa de los intermedios, lo mismo con corta diferencia, ó por diferencia, han hecho sus sucesores. Por lo comun se interrumpe en cada acto en el punto mas interesante la accion con una fiesta que dan à los actores sentados que mira el patio en pie. De aqui resulta que absolutamente se olvidan los personajes de la pieza, ó bien que los espectadores miran à los actores, los cuales miran à otra cosa. El modo de preparar estas fiestas es muy sencillo: si el principe está alegre participan de su alegría y bailan; si está triste quieren divertirse y bailan. No se si es la moda de palacio dar un baile à los reyes cuando estan de mal humor; lo que si sé de ellos es que nunca podrá ser bastantemente admirada su estoica constancia en ver chaconas, ó en oír canticos, mientras que à veces están detras de la escena resolviendo acerca de su corona ó su destino. Hay ademas otros muchos motivos de baile; las acciones mas graves de la vida se ejecutan bailando: bailan los sacerdotes, bailan los soldados, bailan los dioses, bailan los diablos, bailan hasta en los entierros y baila todo con motivo de todo.

Así el baile es la cuarta de las bellas artes que en la constitucion de la escena

lirica se usan; pero las otras tres contribuyen à la imitacion: ¿y que imita esta? nada. Por tanto está fuera de sazón, cuando solo como baile se usa: ¿porque, que conexión tienen chaconas, zarabandas y minuetes con una tragedia? Mas digo: no vendrían mas al caso, si alguna cosa imitaran, porque de todas las unidades la mas indispensable es la del idioma, y una opera en que sucediera la accion la mitad cantada, y la otra mitad bailada, sería todavia mas ridicula que una en que se hablase la mitad en frances y la otra mitad en italiano.

No contentos con introducir el baile como parte esencial de la escena lirica, tambien se han probado à hacer à veces de él el asunto principal, y tienen sus operas que llaman bailes, y que tan mal este titulo desempeñan, que no es menos impertinente en ellas el baile que en todas las demas. Forman en la mayor parte los bailes otros tantos asuntos separados cuantos actos contienen, y estan conexos estos asuntos con ciertas relaciones metafísicas que nunca adivinaria el espectador, si no tomara el autor la precaucion de advertírselo en un prologo. Las estaciones, las edades, los sentidos, los elementos: ¿pregunto que conexión pueden tener todos estos titulos con el baile, ni que pueden en este genero ofrecer à la imaginacion? Algunos hay que son meramente alegoricos, como el carnaval y la locura, que son los mas inaguantables de todos; porque con mucho entendimiento y agudeza ni tienen afectos, ni imagenes, ni situaciones, ni fuego, ni interes, ni nada de cuanto puede dar motivos à la música, halagar el corazón, y mantener la ilusion. En estos pretensos bailes, sucede siempre la accion en cantos, siempre el baile interrumpe la accion, ó solo ocurre ocasionalmente, y nada imita. Todo cuanto sucede es que, como estos bailes todavia interesan menos que las tragedias, se nota menos esta interrupcion; si fueran menos frios repugnarían mas; pero un defecto tapa otro, y para impedir que fatigue el baile consiste el arte de los actores en hacer que fastidie la pieza.

Poco à poco me conduce esto à investigaciones acerca de la verdadera constitucion del drama lirico, vastas mas de lo que conviene para que quepan en una carta, y que me desviarían mucho de mi asunto; he trabajado sobre esta materia una corta disertacion separada, que hallará V. adjunta, y cerca de la cual podrá conferenciar con Regiano. Restame decir à V. en punto à la opera francesa que el mas grave defecto que en ella à mi entender se nota es un mentido gusto de magnificencia, en virtud del cual han querido representar en ella lo maravilloso, que siendo un mero parto de la imaginacion, está tan en su lugar en un poema epico como fuera de él en un teatro. Apenas hubiera podido creer, si no lo hubiese visto, que se hallasen artistas tan desatinados que pretendiesen imitar el carro del sol, y espectadores tan bobos que fueran à ver esta imitacion. La Bruyere no comprendía como un espectáculo tan soberbio como la opera le podia fastidiar con tanto boato: yo, que no soy La Bruyere, lo comprendo muy bien; y sustentó que para todo hombre que no está privado del instinto de las bellas artes, siempre la música francesa, el baile y lo maravilloso, confundidos en uno, harán de la opera de Paris el mas fastidioso espectáculo que existir pueda. Pero bien examinado todo no quisieran los franceses otro mas perfecto, à lo menos en cuanto à la ejecucion, no porque no sean muy capaces de apreciar la que sea buena, sino porque en esta parte les divierte mas lo malo que lo bueno. Mas quieren burlarse que aplaudir; el gusto de la critica los paga del fastidio del espectáculo, y tienen mas gusto en burlarse de él cuando han salido que en divertirse, cuando asisten.

CARTA XXIV.

DE JULIA.

Si, si; bien lo veo; la venturosa Julia siempre es tu amor. El mismo fuego que en otro tiempo en tus ojos brillaba se deja sentir en tu última carta; en ella hallo todo el ardor que me anima y eso.

mas el mio se inflama. Sí, amigo mio; en balde nos separa el destino; estrechemos uno con otro nuestros corazones; conservemos comunicandonosle su natural calor contra el hielo de la ausencia y la desesperacion, y sirva para estrechar sin cesar nuestro afecto cuanto debiera afojarle.

Admirate de mi sencillez: desde que recibí tu carta experimento algo de los encantados efectos de que habla, y la chanza del amuleto, aunque de mi propia invencion, no deja de seducirme y figurarseme verdad. Cien veces al dia, cuando estoy sola, me coge una palpitacion, como si cerca de tí me hallara. Me imagino que tienes en la mano mi retrato, y soy tan loca que creo que siento la impresion de los cariños que le haces, y los besos que le das; cree mi boca que los recibe y mi tierno corazon que los paladea. ¡O suaves ilusiones! ¡Ó fantasía, último recurso de los desventurados! Ah; si puede ser, sustituid para con nosotros la realidad! Algo sois para aquellos para quienes nada es la dicha.

En cuanto al amaño que he tenido para hacer sacar este retrato, diligencia ha sido del amor; pero cree que si fuese cierto que hiciera milagros no hubiera escogido este. Voy á esplicarte el enigma. Algun tiempo hace que tuvimos en casa á un pintor de miniatura, que venia de Italia, y traia cartas de milord Eduardo, que acaso se las dió llevando á la mira lo que ha sucedido. Quiso el señor de Orbe aprovecharse de la ocasion para que le hicieran el retrato de mi prima, y yo tambien quise tener otro. Mi madre y ella quisieron el mio, y yo rogué al pintor que sacara en secreto otra copia. Despues, sin consultar cual era la copia y cual el original, escogí, sin que nadie lo entendiese el mas parecido de los tres para enviarte; superchería que he cometido sin mucho escrupulo, porque alguna semejanza mas ó menos poco importa á mi madre y á mi prima, pero los homenajes que tú á otro rostro que al mio tributaras, sería especie de infidelidad tanto mas peligrosa, cuanto fuese mi retrato mas hermoso que yo, y de cualquier modo que sea no

quiero que te aficiones á gracias que yo no tenga. En cuanto á lo demas no ha sido culpa mia el no estar mas vestida; pero no me han dado oidos, y mi propio padre ha querido que se quedara el retrato como está. A lo menos te suplico que creas que escepto el peinado no es el arreo del retrato el que yo traia, y que lo ha hecho todo el pintor á su antojo, adornando mi persona con lo que es parto de su imaginacion.

CARTA XXV.

A JULIA.

PRECISO es, amable Julia, que todavia te hable de tu retrato, no ya con aquel primer raptó que tanto te ha agrado, sino por el contrario con el resentimiento de un hombre á quien sedujo una esperanza vana, y que no halla con que resarcirse de lo que ha perdido. Tiene tu retrato gracia y hermosura, y de la que es tuya; es bastante parecido y es habil el pintor; pero para estar con el satisfecho sería necesario no conocerte.

Lo primero que le echo en cara es parecerse á tí, y no ser tú; tener tu cara y ser insensible. En vano creyó el pintor retratar exactamente tus ojos y tus facciones; no ha espesado el dulce afecto que los vivifica, y sin el cual, aunque tan hechiceros, nada serian. En tu corazon, Julia mia, está el colorette de tu rostro, y este no se imita. Confieso que esto está anexo á la insuficiencia del arte; pero á lo menos es culpa del artista el no haber sido exacto en cuanto de tí pendia. Por ejemplo ha colocado la raíz de los cabellos muy desviada de las sienes, lo cual da un contorno menos agradable á la frente, y menos penetracion al mirar. Se ha olvidado de los ramos de purpura que en este sitio forman dos ó tres venillas bajo de la cutis con corta diferencia como las flores de iris que contemplabamos un dia en el jardin de Clarens. El colorido de las mejillas está muy inmediato á los ojos, y no se convierte deliciosamente en color de rosa hacia lo inferior del rostro, como en el modelo: dirian que era colorette artifi-

cial pegadizo como el carmin de las mugeres de este pais. Este defecto es de mucha monta, porque te hace los ojos menos suaves, y menos tierna la expresion de la cara.

Pero, dime ¿que ha hecho de aquellos dos nidos de amor que se esconden en ambos extremos de tu boca, y que en mis venturosos dias me atrevia yo á acariciar con la mia? Ha quitado su natural gracia á estos dos extremos, no ha dado á esa boca la expresion agradable y sería que de repente muda á la menor sonrisa, y deja en el corazon no sé que no conocido hechizo, no sé que inesperado estasis que no se puede espesar. Verdad es que no puede pasar tu retrato de la seriedad á la sonrisa. Ah; justamente de eso me quejo yo, para poder pintar todas tus gracias fuera necesario retratarte en todos los instantes de tu vida.

Permitamos al pintor el haber omitido algunas hermosuras, pero en lo que no ha hecho menos perjuicio á tu rostro es en haber omitido los defectos. No ha hecho aquel lunar casi imperceptible que debajo del ojo derecho tienes, ni el que hay en el cuello al lado izquierdo. No ha puesto... O dioses! era ese hombre de bronce?... Se ha olvidado de la cicatrilla que te ha quedado debajo del labio. Te ha hecho los cabellos y las cejas del mismo color, y no es así; las cejas son de color mas castaño, y mas rubios los cabellos.

Rubio pelo, ojo azul, cejas negras.

Ha hecho la parte inferior del rostro exactamente ovalada, y no ha reparado en aquella ligera desigualdad que separando la barba de las mejillas hace menos regular y mas agraciado su contorno. Estos son los defectos mas sensibles. Otros muchos ha omitido, y eso mas me enoja que no solo estoy enamorado de tus perfecciones, sino de tí cual eres toda. Si no quieres tú que te dé nada el pincel, yo quiero que no te quite nada, y tan poco se cura mi corazon de atractivos que no sean tuyos, como de cuando se imagine para reemplazarlos.

Por lo que al arreo hace, tanto menos

le consentiré, cuanto con vestido de gala ó de casa, siempre te he visto con mas gusto que el que tu retrato descubre. El peinado está muy cargado; me dirás que solo hay en él flores: pues bien, esas flores sobran. ¿Te acuerdas de aquel baile adonde llevabas tu traje á la valaisana, y donde dijo tu prima que habia yo bailado como un filósofo? no llevabas otro peinado que una larga trenza de tus cabellos enroscada en torno de tu cabeza, y prendida con un alfiler de oro, al modo de las Ingareñas de Berna. No; no tiene el sol con la pompa de sus rayos todos tanto brillo como aquel con que deslumbrabas ojos y pechos; y ciertamente quien aquel dia te vió, no te olvidará en su vida. Así debe ser tu peinado, Julia mia; el oro de tus cabellos es el que ha de ornar tu rostro, y no esa rosa que los esconde, y que tus colores marchitan. Di á la prima, porque conozco su eleccion y su semero, que esas flores con que ha cubierto y profanado tus cabellos son de tan mal gusto como los que en el *Adonis* coge, y que se puede permitir que suplan por la beldad, pero no que la escondan.

Por lo que hace al busto, es cosa singular que sea en esta parte un amante mas severo que un padre; pero efectivamente hallo que no estás vestida con suficiente decencia. El retrato de Julia ha de ser como ella modesto. Amor, á tí solo pertenecen estos secretos. Dices que todo lo ha sacado el pintor de su imaginacion: bien lo creo, bien lo creo. Ah! si la menor de esas veladas perfecciones hubiera visto la hubiera devorado de sus ojos, pero no hubiera atentado á pintartas su mano. ¿Porque su arte temeraria se ha propasado á imaginarlas? No es solo defecto de bien parecer, sustento que lo es tambien de gusto. Si; es muy casto tu rostro para sufrir el desorden de tu pecho; se echa de ver que debe uno de estos objetos impedir que se descubra el otro; solo el delirio del amor los puede concertar ambos, y cuando su ardiente mano se atreve á descubrir el que cubre el pudor, dice entonces la embriaguez

y la turbacion de tus ojos, que le olvidas, y no que te manifestas.

Esta es la critica que de tu retrato me ha hecho hacer una continua atencion. En consecuencia, he formado el proyecto de retocarle conforme à mis ideas. Estas se las he comunicado à un habil pintor, y por lo que ha hecho ya, confio verte en breve mas parecida à tí propia. Con temor de echar à perder el retrato, probamos las enmiendas en una copia que le he hecho sacar, y no los trasladada al original hasta que estamos bien seguros del efecto. Aunque yo dibujo menos que medianamente, no se cansa este artista de maravillarse de lo sutil de mis observaciones, y es porque no comprende cuanto mas instruido maestro que él es quien me las dicta. Algunas veces le parece muy raro; dice que soy yo el primer amante que haya pensado en ocultar objetos que nunca están bastante descubiertos à gusto de otros, y cuando le respondo que es para verte mejor toda entera para lo que te quiero tan vestida me tiene por loco. Ah! cuanto mas atractivos tuviera tu retrato si pudiera yo inventar medio de retratar con tu rostro tu alma, y pintar à una tu hermosura y tu modestia! te juro, Julia mia, que grangeara mucho la primera con su reforma. Solo se veian las perfecciones que habia supuesto el pintor, y movido el espectador las supondrá cuales ellas son. No sé que secreto hechizo en tu persona reina, pero todo cuanto à ella toca participa de él; basta con ver un estremo de tu traje para adorar à la que le lleva. Al mirar tu vestido siente uno que en todas partes es el velo de las gracias que encubre la belidad; y parece que tu modesto arreo anuncia al corazon todas las perfecciones que à los ojos esconde.

CARTA XXVI.

A JULIA.

¡JULIA, ó Julia, ó tú que un tiempo me atrevi yo à llamar mia, y cuyo nombre hoy profano! la pluma huye de mi trémula mano; inundan el papel mis

llantos; apenas puedo formar los primeros renglones de una carta que nunca escribir debiera; ni puedo callarme, ni hablar. Ven, amada y casta imagen, ven à purificar y dar aliento à un corazon envilecido con la ignominia y despedido con el arrepentimiento. Sustenta mi animo que desfallece, da fuerza à mis remordimientos para confesar el involuntario delito que me ha dejado cometer tu ausencia.

¡Qué desprecio vas à tener de un culpado! pero mucho menos que el que tengo yo propio. Por mas vil que vaya à ser à tus ojos, cien veces mas lo soy à los míos, porque viendome tal cual soy, lo que mas me afronta todavía es verte y sentirte en lo interior de mi corazon, en un puesto de hoy mas indigno de tí, y pensar que no ha podido la memoria de los verdaderos deleites del amor preservar à mis sentidos de un lazo sin esbozo, y de un delito sin atractivos.

Tan grande es el exceso, que al recurrir à tu clemencia, temo que amancillen à tus miradas estos renglones que la confesion de mi atrocidad contiene. Perdona, alma casta y pura, una narracion que disimularia yo à tu modestia si no fuese el medio de expiar mi verro. Sé que soy indigno de tus bondades, que soy vil, soez y despreciable; pero à lo menos no seré falso ni aleve; y mas quiero que tu corazon y la vida me quites que engañarte un solo punto. Con temor de verme tentado à buscar disculpas que mas culpado me harian, me ceñiré à circunstanciarte con puntualidad el suceso, y seré tan sincero como mi sentimiento, que es todo cuanto me permitiré decir en mi abono.

Habia hecho conocimiento con varios oficiales de Guardias, y otros mozos paisanos nuestros en quienes encontraba un merito natural, que sentia ver estragado con la imitacion de ciertos estilos que de su buen caracter desdieren. Por su parte ellos se burlaban de ver que yo conservase en París la sencillez de las antiguas costumbres helveticas. Mis maximas y mis modales las tuvieron por lecciones indirectas que los enfadaban; y se resolvieron à hacerme mudar de est-

lo à cualquier precio. Despues de reiteradas tentativas, que se les malograron todas, concertaron mejor otra que les salió à medida de sus esperanzas. Ayer por la mañana me vinieron à proponer que fuera à cenar à casa de la muger de un coronel, que me nombraron, y que habiendo llegado à sus oidos la reputacion de mi arreglada conducta, tenia deseos, decian ellos, de conocerme. Tan necio fui que caí en el lazo: les representé que seria mejor ir antes à hacerle una visita; pero se rieron de mis escrúpulos, diciendome que no consentia tantos cumplimientos la sinceridad suiza, y que esos modales de ceremonias solo servirian para darle mala idea de mí. A las nueve fuimos à casa de la dama. Vino esta à recibirnos en la escalera, cosa que en parte ninguna habia visto. Al entrar vi en candeleros de chimenea unas velas de cera viejas, que acababan de encender, y en todas partes una aparicion de aparato que no me gustó. Parecióme bonita la dueña de casa, aunque algo avieja; con ella habia otras mugeres casi de la misma edad y que tenían el mismo defecto; su traje era bastante brillante, pero de mas pompa que buen gusto, bien que ya he notado que es este un punto por el cual no se puede juzgar en este pais de la condicion de una muger.

Fueron los primeros cumplimientos casi los mismos que en todas partes; el trato de gentes enseña à acortarlos, ó à convertirlos en chanzonetas antes que fastidien. No fué lo mismo así que empezó à ser general y seria la conversacion. Creí ver en estas damas un no sé que violento y atado como si no estuvieran acostumbradas à este estilo, y por la vez primera, desde que estaba en París, encontré mugeres que no sabian seguir una conversacion racional. Para hablar materia facil trataron de sus asuntos de familia; y como yo à ninguna de ellas conocia, dijo cada una de la suya lo que le vino à la cabeza. Nunca habia oido hablar tanto del señor coronel, cosa que me pasaba en un pais donde es estilo llamar mas bien à las personas por sus nombres que por sus titulos, y don-

de los que tienen este por lo comun toman otros.

En breve se signieron à esta afectada dignidad modales mas naturales. Pusieron à hablar en voz baja; y volviendo sin pensar en ello à tomar estilos de familiaridad nada decente, cuchicheaban y se sonreian, mirandose mientras que el ama de la casa me hacia preguntas acerca del estado de mi corazon con expresiones tan resueltas, que no eran las que ganarle podian. Sirvieron, y la libertad de la mesa, que al parecer confunde todas las condiciones, pero que realmente pone à cada uno en su verdadero lugar sin que en tal piense, me acabó de confirmar en que casa me hallaba. Era muy tarde para desdormirme. Así fiando mi seguridad de mi repugnancia destiné la noche à mi oficio de observador, y resolví emplear en conocer esta clase de mugeres la única ocasion que para ello en mi vida tendria. Poco fruto saqué de mi estudio; tenían tan poca idea de su actual estado, tan poca prevision acerca del tiempo venidero, y excepto la gerigonza del oficio, eran à todas luces tan estúpidas, que en breve desvaneció el desprecio la lástima que al principio me causaban. Aun hablando del deleite vi que eran incapaces de sentirle. Me parecieron de estrema codicia para todo cuanto podia tentar su avaricia: exceptuado esto no vi salir de su boca palabra ninguna que viniera del corazon. Me admiré de que hombres decentes pudieran sufrir tan áspera sociedad. A mi ver hubiera sido imponerles una pena cruel el condenarlos al género de vida que ellos mismos escogen.

No obstante, se alargaba la cena, y crecia la bulla. A falta de amor inflamaba el vino à los convidados. Las expresiones no eran tiernas, pero sí deshonestas, y las mugeres procuraban escitar con el desorden de sus vestidos los deseos que hubieran debido causarle. Primero todo esto hacia en mí un efecto contrario, y solo para infundirme aversion servian todos sus esfuerzos para seducirme. ¡Dulce pudor, decia yo en mi interior, deleite supremo del amor, que